

Adrià, Margarida y el gran desastre de barro

Érase una vez dos hermanos que siempre estaban listos para la aventura. Adrià, de tres años, llevaba su pijama de estrellas que brillaban como el sol. Margarida, de cuatro años, prefería su vestido de puntos que parecían hojas pequeñas bailando.

Una mañana soleada, la madre los abrazó y les dijo con ternura: «Si vais a jugar al parque, recordad: la ropa limpia es feliz». Pero Adrià y Margarida estaban demasiado emocionados con el día perfecto que les esperaba.

El parque era un mundo mágico. Primero encontraron los charcos más grandes y saltaron sin cesar. ¡Plaf! ¡Splash! ¡Chofo! El barro salpicaba por todas partes, pintando sus ropas de marrón. Después descubrieron unos pinceles mágicos (ramas con hojas) y se pusieron a pintar en el suelo. Manchas verdes, amarillas y rojas aparecieron en sus trajes como por arte de magia.

Cuando se cansaron, decidieron rodar por la colina más verde del parque. ¡Rodando y rodando! La hierba fresca dejó sus marcas verdes por doquier. De repente, Margarida se miró y sus ojos se abrieron como platos.

«¡Adrià!», gritó asustada. «¡Míranos! Parecemos... ¡monstruos de barro!».

Adrià miró a sus estrellas, ahora marrones y verdes, y su carita se arrugó de preocupación. «Mamá nos dijo que cuidáramos la ropa», susurró.

Fue entonces cuando sintieron un tintineo suave. Detrás de un árbol apareció un hada muy especial. Llevaba delantal hecho de bolsas de plástico y una varita que era... ¡una cuchara de madera!

«¡Uy, uy, uy!», dijo el Hada del Reciclaje. «Veo que os habéis divertido mucho, pero vuestra ropa está contando otra historia».

Los niños bajaron la cabeza, pero el hada sonrió con complicidad. «No os preocupéis. Todo tiene solución. ¿Sabéis que la ropa sucia no se tira? ¡Se transforma!».

Con un movimiento de su varita-cuchara, les enseñó la magia del cuidado:

Primero, separaron la ropa muy manchada de los calcetines viejos.

Luego, con la ayuda del hada (y algo de magia de la madre), la lavadora empezó a cantar: «Bur-bujas, bur-bujas, limpiando sin parar».

Por último, lo más mágico de todo: los calcetines viejos se convirtieron en dos muñecos de trapo divertidos, uno para cada uno.

Al día siguiente por la mañana, cuando el sol hizo aparición por la ventana, Adrià y Margarida encontraron sus pijamas y vestidos favoritos limpios y brillantes, colgados como banderas de felicidad. Y en su cesta de juguetes, los nuevos muñecos de trapo les sonreían.

«¡La ropa dura más si la cuidamos!», dijo Margarida abrazando a su muñeco.

«¡Y lo viejo puede ser nuevo otra vez!», añadió Adrià.

Desde ese día, siempre recordaron la lección del Hada del Reciclaje. Y aunque seguían saltando a charcos y pintando con ramitas, ahora sabían que después tocaría... ¡la magia del cuidado!